

Mo extra

ALFONSO EL MAGNÁNIMO Y BARCELONA

Agradezco el honor que me ha concedido el Excelentísimo y Magnífico Sr. Rector de esta Universidad al designarme para inaugurar el ciclo de conferencias conmemorativo del V Centenario de la muerte de Alfonso el Magnánimo, A pesar de hallarme separado hace años de las investigaciones que me relacionaron directamente con su figura no podía eludir este encargo. En primer lugar, por la vinculación de aquel monarca a esta Universidad, fundada por él en 1450; y luego por el sortilegio que fluye de su vigorosa personalidad, a la que nos hemos rendido cuantos nos hemos ocupado de ella, sobre todo los que la hemos contemplado moviéndose entre los sombríos presagios y a las dramáticas realidades que hicieron del siglo XV catalán y barcelonés un período de crisis histórica capital¹

La historia de los cuarenta años de relaciones entre Alfonso el Magnánimo y la ciudad de Barcelona no es un relato de color de rosa; fue una época dura, difícil, áspera, en que muchas bazas jugaron en la carta del destino. Para acercarse a ella con provecho es necesario prescindir de las ópticas románticas o sentimentales. De un lado el romanticismo optimista, que nos presenta la figura de Alfonso el Magnánimo como la del gran Mecenas que en la corte de Nápoles, rodeado por humanistas y poetas, contribuyó al trasiego de los valores culturales entre Italia y España; de otro el

¹ Para todo género de referencias, enviamos al lector a nuestras obras Juan II de Aragón, Barcelona 1952 y Els Trastameres, en la colección "Bibliografies Catalanes" de Editorial Teide, Barcelona 1957.

romanticismo pesimista, que le achaca no pocos males, por un egoísmo, su megalomanía, su espíritu aventurero y el desprecio de las cosas de la Corona de Aragón, desde su esposa María de Castilla hasta el último remensa de Cataluña. Pero hoy el historiador no se limita a una sola óptica, ni tampoco pretende ejemplarizar, sino simplemente ver y comprender. Y a través de los múltiples focos de que dispone aparece el pueblo como objeto de su trabajo, el pueblo llano, corriente sin mayúscula, en que se integran un *monarca* y un poeta, un jesuita y un capitán de guerra. Por esta causa en nuestra inmersión presente hasta mediados del siglo XVI, nosotros no profundizamos para juzgar a Alfonso el Magnánimo ni a los hombres que en su tiempo desempeñaban un papel en Barcelona, sino para comprenderlos y, en definitiva, para captarlos en su plena vigencia.

Como otrora en esta misma Universidad, con motivo de la lectura de mi tesis doctoral sobre Fernando II el Católico y Barcelona, disertaré hoy sobre dos personajes: Alfonso el Magnánimo, y otro formado por una serie de estructuras sociales y ensamblamiento mentales que se llamaba la sociedad barcelonesa de su tiempo.

Abordemos primero el monarca, Alfonso el Magnánimo, ese hombre que centró una política y definió un período. Nació en 1396, primogénito de Fernando de Antequera y Leonor de Alburquerque. Aquél el príncipe de la fortuna; ella la hembra de la riqueza. La "ricahembra" la llamaban en Castilla, y dicese que sus territorios se extendían de frontera a frontera, de Aragón a Portugal, y que a través de ellos podían circular sin interrupción sus gentes y sus tropas. Nació pues rodeado de lujos y también de espímulos culturales porque en aquella familia se había dado el don de amar las cosas bellas, en ese fervor del otoño de la Edad Media por lo maravilloso, lo solemne y lo espectacular que empal-

ma de tantas maneras con los primeros albores renacentistas. Y nació también espoleado por la ambición. Porque en su familia se entreveraba un complejo psicológico todavía más profundo, todavía más real, que esa atmosfera de esplendor y magnificencia: la realidad de una segunda/genitura de sangre y los bríos de una primogenitura de espíritu. En el libro que he dedicado a Juan II de Aragón he intentado descifrar ese complejo psicológico de la rama menor de los Trastámaras. Segundogénito, en verdad; pero segundogénitos con disposiciones de alma y cuerpo para ostentar el poder; hombres de acción de amplias concepciones, que al compararse con los monarcas de la rama directa -sus hermanos, sus primos- se sentían humillados a veces y otras reivindicados por su enorme capacidad vital. Todo ello hizo de esta familia el epicentro de la inestabilidad de la vida castellana a lo largo del siglo XV. Alfonso el Magnánimo participó también de este complejo, sobre todo en sus primeros años de reinado, cuando quiso poner la fuerza de la Corona de Aragón al servicio de las apetencias de sus hermanos en Castilla. Después, los asuntos italiano llenaron tan por completo su espíritu que despreció los "incendios" castellanos que él mismo contribuyera a atizar en su juventud.

He hablado también del motivo de la riqueza en la familia de Fernando de Antequera. Poseían grandes propiedades territoriales en ambas Castillas, pero dominaban sobre todo la principal fuente de riqueza mobiliaria del país: la lana. Desde hacía un siglo Castilla se había convertido en gran productora de lana. Y los rebaños que circulaban por las cañadas, enriquecían a los hombres de negocio y a los grandes señores cuyas propiedades se disponían a lo largo de las tierras de pasto. En Burgos, centro de los comerciantes, en Bilbao, emporio de los navegantes, y en Medina del Campo, mercado y feria donde se especulaba con la lana y los objetos suntuarios que procedían del extranjero, se

creó desde mediados del siglo XIV un nuevo estamento social la burguesía del dinero, una burguesía muchas veces oculta, porque en ella se contaban judíos y conversos. Pues bien, ese complejo de la lana en Castilla la Vieja, con vértice principalísimo en Medina del Campo, estuvo muy relacionado con la fortuna de la rama menor de los Trastámaras, en el preciso instante en que surgía, un nuevo tipo de civilización, en el que se unían el capitán con el mercader, el aventurero con el comerciante. Tales relaciones entran en el campo de los resultados obtenidos por la más reciente investigación y explican mucho mejor que las interpretaciones que privaban hasta la fecha, las actividades y los intereses de los segundones Trastámara, su conexión con las grandes familias de comerciantes de Burgos, los Santamarías por ejemplo, con los negociantes de Toledo; y explican asimismo el interés que tuvo Fernando de Antequera cuando, como regente de Castilla, impuso a los caballeros de la Orden de Santiago el nombramiento de su tercer hijo don Enrique como maestro de la Orden. Ya que no se trataba solamente de tener a disposición de la rama menor de los Trastámara el mejor ejército de Castilla, cual era el de la Orden de Santiago, sino de gobernar a través de ella el mundo de los impuestos y tributos que recaían sobre el ganado de la Mesta, sobre la lana que se exportaba por los puertos del Cantábrico hacia Flandes y Francia.

En la biografía de los Trastámaras el tráfico de la lana es, por esta causa, una pieza capital, porque la riqueza que proporcionaba les permitía aspirar a cualquier meta. Y una de ellas fue la corona aragonesa. Se ha venido hablando del compromiso de Caspe como de una resolución de tipo jurídico, y se ha ponderado la sensatez de catalanes, aragoneses y valencianos en el momento de atender las sugerencias de San Vicente Ferrer para que designaran a Fernando de Antequera como el príncipe más calificado, para regir la Corona de Aragón.

Pero también se ha señalado a Benedicto XIII maniobrando desde Peñíscola al objeto de asegurarse una espada que defendiera su situación como papa, ante la amenaza de la reunión de un concilio ecuménico. Esta actuación es verdadera, pero solo nos presenta un ángulo de la problemática del momento: la influencia de un círculo eclesiástico en la decisión de los compromisarios de Caspe. Y muy cierto que hubo otros ángulos. Entre ellos el dinero prestado por los mercaderes de Medina del Campo, Burgos y Zaragoza, que intervino de manera decisiva en la propaganda de la candidatura de Fernando de Antequera, en el reclutamiento de las fuerzas militares que le apoyaron en las fronteras aragonesa y valenciana contra los partidarios del Conde de Urgel, y posiblemente en la última decisión de algún compromisario. Hipótesis quizá atrevida, pero que no debemos excluir de nuestro campo mental. En otros términos, el financiamiento de la candidatura castellana se hizo sobre las riquezas acumuladas por la Ricahembra y las ganadas por los Trastámara en el comercio de la lana.

De este modo, argumentos jurídicos, arrogancia política, empuje espiritual y prepotencia económica trajeron a Fernando de Antequera del lado de acá de la frontera castellanoaragonesa para regir los territorios reunidos por los condes de Barcelona desde el siglo XII. A fines de junio de 1412 una brillante comitiva en la que figuraban nobles, prelados, abades, mercaderes y cronistas, desplegando la magnificencia y el lujo de la aristocracia castellana, acompañó a su nuevo reino a la familia de don Fernando. En cuyo primer plano descollaba el primogénito Alfonso. Fue el quizá quien más sufrió el choque del momento, pues no solo cruzaban la frontera territorial sino una línea psicológica, del lado de acá el ambiente de la infancia; al otro lado, un mundo en que muchas de las cosas debían hacerse y pensarse diferentemente.

Nada fácil ese mundo para un joven de dieciseis años. Y sin embargo, penetra en él con decisión, cobrando entre 1412 y 1416 los años del reinado aragonés de su padre, una amplia y profunda experiencia de la vida y del gobierno de la Corona de Aragón. En febrero de 1414 se celebró la solemne fiesta de la coronación

de Fernando de Antequera en Zaragoza; y allí, en medio de un aparato cortesano impresionante, de un derroche de riquezas no acostumbradas ni en Aragón ni en Cataluña el joven Alfonso se adelantó hacia su padre y le ciñó una corona de oro, labrada en los obradores de Barcelona. Podría tomarse este acto como un símbolo de lo que habría podido ser su reinado, como el de sus antecesores: el afianzamiento de la potestad regia apoyándose en la fuerza y en el prestigio de Cataluña. Los hechos posteriores no lo confirmaron.

Los designios de Alfonso fueron desde sus primeras intervenciones en la vida pública mucho más complejos y vastos. Aliando una gravedad adquirida a la gentileza natural de su persona, a su espíritu abierto y curioso, parecía que brillaría más en el campo de la diplomacia que de la guerra. Como negociador de asuntos de Estado demostró su agudeza e independencia de criterio en las famosas jornadas de Perpignan, donde se entrevistaron Fernando de Antequera y el emperador Segismundo de Alemania para resolver el Cisma de Occidente. El emperador, apoyado por los embajadores de las principales monarquías de Occidente, entre ellas Francia e Inglaterra, solicitó del rey de Aragón que retirara la obediencia a Benedicto XIII, el hombre que más había influido en su elección. La resistencia de Fernando duró tanto como su salud, pronto quebrantada, y la rápida evolución de las conciencias en un sentido favorable a la reunificación de la cristiandad. Sus vacilaciones fueron disipadas por la energía del príncipe Alfonso, principal instrumento, con San Vicente Ferrer, del viraje de Fernando de Antequera (1415). La nueva generación quería tener libres las manos, orientarse hacia donde mejor le pareciera, cancelar medio siglo de confusión inaudita. Y Alfonso como representante de este sentir, provocó el primer gran viraje en la política internacional de la Corona de Aragón.

Inmediatamente sobrevino la aventura mediterránea. Fernando I parecía inclinado a reservar la dirección de los asuntos castellanos al príncipe heredero, casado desde junio de 1415 con su prima hermana María, hija de Enrique III, mientras confiaba al infante Juan los vastos empeños mediterráneos de la monarquía: lugartenencia en Sicilia y Cerdeña, proyectado enlace matrimonial con Juana de Nápoles. Pero, a comienzos de 1416 cambia el panorama. La situación en Castilla y las tendencias autonomistas de Sicilia decidieron al monarca a enviar al príncipe Juan a Andalucía, con el presumible de defender los intereses de la familia en la sucesión del trono castellano, y a conceder plenos poderes al primogénito en la política del Mediterráneo. Decisión que la muerte convirtió al cabo de muy pocos meses en definitiva. Desde los mismos albores de su reinado, en abril de 1416, hallamos a Alfonso inserto en lo que había de ser campo interminable de su acción: el mundo mediterráneo y, concretamente, Italia. A esa política se la ha adjudicado un nombre: imperialismo castellano. Se ha dicho, en efecto, que Alfonso el Magnánimo había trasladado a la Corona de Aragón el espíritu de conquista y expansión propio de Castilla. De la misma manera que durante las grandes conquistas del siglo XIII los reyes de Castilla habían avanzado rápidamente hacia el Sur, englobando bajo su mando territorios importantes, sin preocuparse de establecer en ellos una sólida estructura social y económica, Alfonso habría procedido en el Mediterráneo occidental olvidando la sensata tradición de los reyes de la Casa de Barcelona, que sólo progresaron lenta y prudentemente. Esta es una visión que puede llamarse superficial de los acontecimientos, porque la realidad es que desde 1345 existía una pugna sin cuartel por el dominio del Mediterráneo occidental entre Barcelona y Génova, y que Alfonso el Magnánimo se halló enzarzado en esta rivalidad. De modo que no impuso a sus Estados una política extrava-

gante, antes al contrario fueron las tradiciones de la Corona de Aragón que la determinaron en sus líneas fundamentales. Basta recordar que desde fines del siglo XIII, en el empeño para sujetar a su hegemonía las aguas del Mediterráneo occidental, los reyes de Aragón y Cataluña habían tenido que construir lo que en otras páginas he llamado "diagonal insular". Esto es, la línea de puertos, puertos y castillos fortificados que desde Cataluña a Baleares a Cerdeña y de aquí a Sicilia, aseguraban la navegación mercantil de Barcelona al estrecho central del Mediterráneo. Línea estable, pero sujeta a fuertes tensiones, sobre todo por la amenaza que Génova y Marsella -muchas veces obrando bajo el mismo impulso, hacían pesar sobre su flanco nórdico. Era preciso asegurar la "ruta de las islas", y por eso Alfonso dedicóse ~~en~~ con éxito a rematar el clavo necesario: Nápoles. Que luego se perdiera en los devaneos italianos, no es una causa, sino una consecuencia, de la actitud política que tuvo que abrazar en una época en que un Estado no podía permanecer inerte: o se era devorador, o se resultaba devorado.

. . .

Cuando Alfonso el Magnánimo llegó a Barcelona a fines de 1.412, todavía ésta era una de las ciudades capitales del Mediterráneo occidental. Quizá entonces sólo vivía aparentemente el momento supremo de su carrera medieval. Pero, en todo caso, el observador quedaba prendido por la riqueza y pujanza de su vida. Con sus cincuenta mil habitantes, sus catedrales y sus monumentos, sus telares y activo tráfico comercial y portuario, con flexible y prdenada sociedad que formaban sus ciudadanos honrados, sus menestrales y sus artesanos, la capital de Cataluña no debía ceder, salvo en refinamiento, a las ciudades italianas. Pero bajo esa capa de prosperidad, cuantas preocupaciones se ocultaban. Intranquilidad por el futuro de la industria y del comercio. -los negocios no acababan de recuperar su ritmo normal-, intranquilidad por los nubarrones que se cernían en todos los horizontes catalanes. El

campo se mostraba inquieto. Se sabía que los payeses plantaban cruces en las masías como signo de muerte y destrucción. Los ánimos estaban también alterados en las villas y ciudades, pues los bienes de los municipios aparecían decorados por una oligarquía sin freno y eran muchos que se oponían al monopolio de los Antiguos patriciados.

Desde la Peste Negra, apenas había habido un momento de tranquilidad para la misma ciudad de Barcelona. En el negro decenio que se extiende de 1380 a 1390 había hecho quiebra el Estado, arrastrando la fortuna de sólidas casas bancarias, y la falta de empleo y el ambiente de crisis habían preparado el duro golpe de 1391. Este año el Call de la ciudad había sido objeto de violentos asaltos. La gente se había levantado al grito de "¡mueran los judíos! ¡viva el Rey! ¡mueran los grandes!". Y no menor era la crisis espiritual, la pugna entre la Corona y el patriciado, el desconcierto de los cortesanos, tan duchos en progresos literarios como duros en sus apetencias dinerarias. ¿A dónde iba a parar todo aquello? La pérdida de la dirección de la política de la Corona de Aragón por Cataluña en el Compromiso de Caspe había sido un aviso dramático, del que nadie pareció preocuparse, tan metido estaba todo el mundo en ventilar sus intereses privados. Y mucho más cuando entre 1420 y 1430 se desencadenó la segunda oleada de la crisis, con sus consecuencias de paralización de la industria y del comercio ¿quien tenía la culpa de aquel desastre? ¿Los importadores de lana o los tejedores, los armadores de buques o los artesanos? Los grupos se acusaban mutuamente, y las iras se encendían cuando se contemplaba el pavoroso déficit de la hacienda municipal. Allí se rompió el mito de la unidad de los ciudadanos, cultivado con tanto cariño por los patricios desde la época de Jaime I, y que se había mantenido al amparo de una política de excelentes resultados espirituales y materiales. Pero hacia 1430 las cosas habían cambiado totalmente. Es en este momento que la crisis económica se traduce en crisis social, en crisis efectiva de poder. Ciertamente los dos grandes grupos políticos en pugna no se formarán hasta mediados

de siglo. Se necesitarán presiones gremiales, intereses familiares y la lira inspirada de tal o cual poeta para que surjan de la ciudad socialmente dividida los instrumentos de acción de cada grupo. Serán llamados, como es sabido, la Busca y la Biga, el partido de los pequeños y de los grandes, manejados, respectivamente, por los tejedores y los importadores de lana y los ciudadanos honrados, rentistas y especuladores.

¿Qué pensaba esa gente? ¿Qué deseaba? Los hombres de la Biga creían que ellos habían hecho grande a Barcelona, y que los métodos e ideas que ~~ix~~ sirvieron para lograrlo debían de mantenerse. En cambio para los mercaderes de la Biga y los hombres de los gremios, los patricios arruinaban la ciudad saqueando su municipio y eran incapaces de hallar fórmulas para restaurar la prosperidad perdida y procurar el bienestar para todos. Por tanto, preconizaban una serie de reformas. Querían que se devaluara la moneda, que se importara lana de Inglaterra, que se decretara una amplia protección a la flota catalana, y, sobre todo, querían que se democratizara la vida de la ciudad y que entraran a formar parte del ayuntamiento y de sus órganos ejecutivos los hombres de los gremios. La escisión social y política acentuaba el resquebrajamiento espiritual de la ciudad de Barcelona.

Porque todo ello iba vinculado o se vinculaba a un profundo desasosiego religioso. Mientras en Nápoles -como ha escrito el maestro Jorge Rubió- Alfonso el Magnánimo vivía la helada cultura del humanismo en la corte de su mujer, María de Castilla, en Barcelona, se vivía el impacto de una pasional oleada de intranquilidad popular. No eran los poetas quienes regían la cuerda sentimental de los catalanes, sino los demagogos del sentimiento, monjes y frailes que arrastraban las masas, y con sus grupos y séquitos de flagelantes recorrían Valencia y Cataluña clamando contra los poderosos y los libertinos, exigiendo remedio para su alma y para su miseria corporal. En 1427 y 1428 se produjeron en Barcelona terremotos, fenómenos naturales que la gente convertía

en signos de venganza del cielo. Y a quien se llamó para contener la inquietud de la muchedumbre? Ni a un poeta, ni a un humanista, sino a fray Mateo de Agrigento, un fraile siciliano, que en Valencia imponía su misticismo delirante y en Barcelona se hizo el árbitro de la situación. Esos flagelantes, esos hombres que escribían las siglas de Jesús, como signos faumaturgicos, tales representaban el espíritu conmovido de Cataluña. Por lo cual no puede extrañarnos el hecho revelado por recientes investigaciones: que los grupos populares lanzaran la idea de que había llegado el tiempo en que Dios había decidido intervenir al lado de los humildes para someter a los poderosos. Así se produjo en Cataluña el nacimiento de la teoría de un sindicalismo de derecho Divino. Era Dios quien había inspirado a los hombres de la Busca, para convertir a Barcelona en "cabeza de la libertad de España". Era Dios quien inspiraba a los payeses de remensa para que lograsen sus justas reivindicaciones sociales.

No menor era la inquietud política del alto bordo, la que considera las retaciones entre el poder soberano y los ciudadanos. Desde hacía bastante tiempo la gente de Barcelona había contemplado con singular gusto la evolución democrática de ciertas ciudades italianas. Pero catalanes y barcelonense habían de avanzar todavía un paso más adelante. Formados al calor de la filosofía tomística de conventos y monasterios, los teorizadores catalanes estaban convencidos de que la norma legal que podía centrar toda su misión política era el principio del pacto, a través del cual el soberano y el pueblo realizaban su armónica función social bajo el amparo de la Providencia. Esa teoría pactista, según la cual el soberano detentaba una parte del poder, mientras que el país, a través de las Cortes, detentaba otra, había sido servida por el desarrollo del compromiso de Caspe. En virtud de su soberanía específica el pueblo había elegido a su señor. Esta era por lo menos la teoría. Pues bien, había muchos grupos, especialmente entre la nobleza y la Iglesia, que sostenían frente a la nueva dinastía el deseo de un gobierno paccionado; y los sostenía no porque fuera una monarquía nueva, y mucho menos por-

que fuera castellana, sino porque estaba convencida de su valor para salir del atasco en que la crisis económica, social y religiosa habían metido a Cataluña. De aquí nuevos abismos de incompreensión entre el rey, su corte y sus partidarios, y los nucleos pactistas, quienes, precisamente se reclutaban entre los elementos mas conservadores: nobles y eclesiásticos, propietarios rústicos y ciudadanos honrados.

Como puede comprenderse después de lo que llevó dicho, no era precisamente feliz esa sociedad de Barcelona de la época de Alfonso el Magnánimo. Sera un cuerpo angustiado, que planteaba problemas angustiosos, con urgencia cada vez más dramática por el hecho de que Alfonso el Magnánimo estuviera practicamente ausente del país desde 1420 y definitivamente desde 1432. Desde Barcelona a Nápoles, como desde Zaragoza, Perpiñan, Valencia, Mallorca, y otras ciudades y poblaciones de la Corona de Aragón, una sucesión ~~ixita~~ ininterrumpida de embajadores, síndicos y emisarios cruza el mar. Esta correspondencia constituye hoy una delicia para el investigador, puesto que le sirve para conocer a fondo el estado social, político y económico del país. Pero a los catalanes no les gustaba en absoluto aquel absentismo. Hubiesen querido que Alfonso el Magnánimo viviera en los territorios continentales de la Corona, y que su angustia, su dolor, su drama. De todas maneras existió un círculo que sirvió de eslabón entre Barcelona y Alfonso el Magnánimo; el que se formó alrededor de la reina María de Castilla. Era gente de muy diversa categoría, desde el probo jurisconsulto Tomás de Mierés, de Gerona al caballero Galcerán de Requesens de Tarragona. En conjunto eran hombres que, en todas las cuestiones planteadas representaban el porvenir, el progreso y un nuevo concepto del poder, de las relaciones sociales y económicas; en una palabra, anunciaban el mismo mundo que forjaba el hombre del Renacimiento. Ninguno de ellos fue más odiado que Requesens, corsario, guerrero, empresario, político y hombre de confianza de Alfonso el Magnánimo. ~~Tampe~~ Implantó el régimen de insaculación en varios lugares de

Corona de Aragón. Quezía al bajo pueblo barcelonés y apoyaba a los sindicalistas. Los ciudadanos honrados se estremecían y se indignaban; le acusaban de malhechor y lo tildaban de "boc". Pero él imponía su voluntad, que en definitiva era la del Monarca y respondía a un nuevo concepto de la situación.

A través del grupo liberal que rodeaba a María de Castilla, fue posible la gran contradicción del reinado de Alfonso el Magnánimo, la gran contradicción de la familia de los Trastámara, ya que es evidente que en Castilla y Cataluña siguieron una política diametralmente opuesta. En Castilla, Juan de Navarra, el rival frío y obstinado de Álvaro de Luna y la monarquía autoritaria, fue el ariete del partido de los Grandes, empeñados en minar los fundamentos del régimen autoritario que intentó implantar Alvaro de Luna. Es el feje del partido nobiliario, reaccionario, en la monarquía castellana. En cambio, su hermano, Alfonso el Magnánimo, es el hombre del partido de la Busca, el soberano que apoya a los payeses de remensa, a los sindicalistas gremiales, a todos cuantos luchan contra la oligarquía señorial y campesina. No se trata simplemente para él de obtener dinero -si lo hay, mejor- sino de cancelar la cuenta pendiente contra la oligarquía pactista catalana.

En los primeros tiempos de su reinado, Alfonso había chocado violentamente contra las altas clases representativas de Cataluña, sobre todo con el patriciado de Barcelona. En las Cortes, unas veces en la correspondencia, otras, rey ~~en~~ y súbditos habían demostrado que no hablaban el mismo lenguaje, no solo en las siempre importantes cuestiones financieras, sino en la dialéctica del Poder. Las Cortes de Cataluña jamás habían retrocedido ante la voluntad del monarca y éste no podían olvidar tan amarga experiencia. Un choque es muy revelador de esta mentalidad. Estamos en 1429. Las tropas castellanas avanzan sobre la frontera aragonesa. Castilla y Aragón están en guerra como consecuencia de una de las inevitables intrigas de Juan de Navarra o de Alvaro de Luna -tal para cual Alfonso el Magnánimo ha regresado de Italia y en la zona sudoriental de Aragón se apresta a combatir. Es un momento crucial. La

reina María, a pesar de su delicado estado de salud, quema etapas para impetrar la paz entre los contrincantes. En aquel momento, cuando las circunstancias van a definir una actitud, Alfonso el Magnánimo apremia a las Cortes catalanas, reunidas en Tortosa, para que voten créditos para la campaña y respalden moralmente su causa. Pero las Cortes, en lugar de atenderle, acordaron dirigirse directamente a Juan II de Castilla diciéndole que, como buen rey cristiano, debía procurar la paz con su primo hermano, y prescindir de los malos consejos de Satanás (delicada alusión a Don Alvaro). Esta suplantación de autoridad en materia de relaciones exteriores, determinó una hábil maniobra del Alvaro de Luna y la claudicación definitiva del rey de Aragón. La paz, una paz desfavorable para sus intereses, se firmó en Mayano el 25 de julio de 1430, y significó el final de las aventuras peninsulares del Magnánimo. Dos años más tarde abandonaría definitivamente las costas de sus reinos propios en pos de la quemera napolina e italiana. &

La oposición de Barcelona a la política castellana de Alfonso era una oposición doctrinal, no personal. El sentimiento monárquico de la ciudad se demostró poco tiempo después, con motivo de la desenturada fortuna de las armas del Magnánimo en su lucha contra los angevinos y la flota genovesa. Nos hallamos en 1435, después de la clamorosa y poética derrota sufrida por la escuadra real en aguas de Ponza. Mientras Alfonso esgrimía en su encierro milanés las armas dialécticas de su ~~prexi~~ prestigio personal y de la distribución de fuerzas en el ajedrez italiano para obtener la libertad, Cataluña se levantaba como un solo hombre y se ofrecía a pagar el rescate de 30.000 ducados exigido por Génova y armaba una flota ~~genxi~~ condigna para reducir el orgullo de sus rivales marítimos. Decisiones y maniobras que, obrando de consumo, provocaron el deseado efecto de la liberación del Magnánimo.

De cuanto llevamos dicho ~~genxi~~ se desprende que debemos considerar que Alfonso el Magnánimo entrara en la polémica de los

partidos barceloneses animado por un veemente antagonismo contra la Busca. Realmente el patriciado urbano ya no respondía a lo que el monarca exigía en cuanto a decisión y voluntad. A través de la documentación publicada últimamente, se comprueba perfectamente este hecho. El Magnánimo entre 1440, y 1450 se dió cuenta de que el patriciado iba dando vueltas alrededor de un mismo círculo vicioso y que en ese círculo se debilitaban las fuerzas sociales de Cataluña. Primero los nobles, después los eclesiásticos y los ciudadanos honrados y con ellos los campesinos, los mercaderes, los menestrales y los artesanos, se habían metido en un callejón sin salida, mejor dicho, sin otra salida que la guerra civil. Para evitarla, para encauzar las fuerzas vivas del país hacia una serie de necesarias reformas. Alfonso toma drásticas decisiones, se adscribe a un bando, al bando de los oprimidos, que era el de los que llevaban razón, pero sin tener en cuenta el papel de árbitro que correspondía a la monarquía. En fin, las cartas se echaron. En 1453 el golpe de fuerza dado por el gobernador de Cataluña Galcerán de Requesens contra el patriciado barcelonés dio el mando del municipio de la ciudad a los hombres del pueblo, a los hombres de la Busca. Inmediatamente se aplicó su programa: devaluación del croat y publicación del Acta de Navegación de 1453. Ambas medidas eran complementarias. La primera ponía término al drenaje de la plata catalana hacia Francia y a una política dineraria que solo beneficiaba los intereses de la alta clase financiera de la ciudad; la segunda, era decididamente proteccionista para la marina catalana y barcelonesa: prohibía el embarque de géneros nacionales en buques extranjeros, en cualquier puerto en que se encontrara un mercader de la Corona de Aragón, siempre que estuviera surta en el una embarcación catalana, valenciana o mallorquina. Pero las grandes decisiones se adoptaron en el transcurso de 1455. De octubre de este año es la famosa Sentencia à Interlocutoria, por la cual el rey resolvía tajantemente la cuestión de los remensas derogando el pago de los cinco malos usos a que estaban sometidos

y proclamándoles inmediatamente libres de su infame servidumbre. En julio se había dado el nuevo estatuto municipal a Barcelona; desde entonces, en su municipio y en sus representantes, los consellers, habría representaciones equitativas de las distintas clases sociales de la ciudad: ciudadanos honrados, mercaderes, artistas (o artesanos) y menestrales. Gran reforma, que permanecerá viva durante cerca de tres siglos y que permitirá la presencia de todos los barceloneses en el gobierno de la ciudad. Y en este mismo año, la Universidad de Barcelona aparece también perfilada en el breve pontificio que Alfonso el Magnánimo logra para el municipio, y que completa la ya conocida autorización de 1450. Descubrimiento realizado por el ilustre archivero diocesano. D. José Sanabre y que merecería ser publicado y editado por ~~la~~ nuestra Universidad.

. . .

Desde 1450, Alfonso el Magnánimo parece buscar la intimidad de Barcelona. Es el momento de su gran política oriental, cuando ante el alud turco se han hundido Constantinopla y el Imperio bizantino, a los últimos reflejos del Imperio. Aventurada situación, de la que Alfonso pretende salir con un nuevo imperio: el suyo. El Rey como se llaman en Italia por ~~su~~ antonomasia, se siente a sus anchas ante la embestida turca, y no halla reparon en ella para pensar simultáneamente en la hegemonía italiana. Intranquilidad constante, desasosiego, ambición de grandes horizontes. De acuerdo. Pero ahora acompañado y servido por catalanes, que sueñan a los imperios como su señor.

Catalanes al servicio de Alfonso el Magnánimo los hallamos en todas los lugares de las Baleares donde subsiste un hogar de resistencia contra los turcos; los encontramos también en los confines del Africa Blanca, o sea, Abisinia. Y además los catalanes figuran en primer lugar en la política naval, que halla nuevos campos de lucha y victoria en ambos Mediterráneos. No ha de olvidarse el hecho poco conocido porque figura siempre entre episodios los últimos del reinado, que en diciembre de 1457 la flota de

Alfonso el Magnánimo puso sitio a Génova y que la orgullosa república estuvo a punto de capitular ¿Qué habría sucedido si la enfermedad no se hubiera llevado Alfonso al sepulcro en 1458? Con la capitulación de Génova se habría avanzado un siglo en el establecimiento de la hegemonía hispánica en Italia.

Pero Alfonso murió. Y así pasó el hombre y su circunstancia. En cambio Barcelona permanecía, y permaneció en un ambiente de pasiones y luchas, sin saber por quien estaba gobernada, quien tenía el derecho de mandar, como hemos dilucidado en nuestro "Juan II de Aragón" y en "Els Trastàmars". E igual ambiente se respiraba en el resto de Cataluña. ¿Qué hubiera pasado sin el absentismo de Alfonso el Magnánimo? ¿Hubiera el monarca resuelto los candentes problemas que se planteaban en el país? Es posible que la reacción violenta, la que estalló en tiempos de Juan II, se hubiera producido igualmente. Pero la proximidad del soberano a Barcelona y Cataluña habría dado a los problemas una trayectoria más vital, y quizá más cordial. Pensamos que incluso, con un poco de buena voluntad, Cataluña se habría salvado de la gran crisis revolucionario de 1462-1472 y habría podido llegar indemne a la gran aventura atlántica de la España de los Reyes Católicos....

Esto es, sin propósito de ejemplarizar ni de sacar de quicio ninguna puerta, lo que nos revela la aproximación al reinado de Alfonso el Magnánimo y a sus relaciones con Barcelona. Un reinado y una época difíciles, en que la grandeza de una parte de la perspectiva no logra oscurecer los desengaños y la angustia de la otra.